

A close-up photograph of a woman's face, focusing on her nose and bright red lips. She is wearing a green garment with intricate floral and geometric patterns. The background is a soft, out-of-focus green.

AMY TAN

*El valle del asombro*

Tres generaciones de mujeres  
en lucha contra su destino

# EL VALLE DEL ASOMBRO

AMY TAN

Traducción de Claudia Conde

 Planeta



## CAPÍTULO 1

### La Oculta Ruta de Jade

*Shanghái*  
*1905-1907*  
VIOLETA

A los siete años, sabía exactamente quién era yo: una niña del todo americana en cuanto a raza, modales y manera de hablar, cuya madre, Lulú Minturn, era la única mujer blanca que poseía una casa de cortesanas de primera categoría en Shanghái.

Mi madre me llamó Violeta por una florecita que le gustaba mucho cuando era niña en San Francisco, una ciudad que yo sólo había visto en postales. Llegué a odiar ese nombre. Las cortesanas lo pronunciaban igual que una palabra del dialecto de Shanghái: *vyau-la*, que es lo que se dice para ahuyentar a una alimaña. «*Vyau-la! Vyau-la!*», me saludaban siempre.

Mi madre adoptó un nombre chino, Lulú Mimi, que se parecía a su nombre americano. Su casa de cortesanas pasó a llamarse entonces la Casa de Lulú Mimi, pero los clientes occidentales la conocían por la traducción al inglés de los caracteres chinos que componían su nombre: la Oculta Ruta de Jade. No había ninguna otra casa de cortesanas de prestigio que atendiera tanto a clientes chinos como occidentales, muchos de los cuales figuraban entre los más acaudalados personajes del comercio internacional. Así pues, mi madre rompió tabúes en ambos mundos y lo hizo a lo grande.

Aquella casa de flores era todo mi mundo. No había nadie de mi edad, ni tenía ninguna amiguita americana. A los seis años, mi madre me inscribió en la Academia para Niñas de la

Señorita Jewell. Había solamente catorce alumnas y todas eran crueles. Algunas de sus madres se habían opuesto a mi presencia y las hijas de esas señoras consiguieron unirse con todas las demás niñas en una conjura para expulsarme. Decían que yo vivía en una casa de «malas costumbres» y que nadie debía tocarme para no contagiarse. También le dijeron a la señorita que yo no dejaba de proferir palabrotas, cuando en realidad lo había hecho una sola vez. Pero el peor insulto vino de una niña mayor con unos ridículos ricitos. En mi tercer día de clase, yo acababa de llegar al colegio e iba andando por un pasillo, cuando esa niña vino hacia mí a toda prisa y, en un tono de voz suficientemente alto para que la oyeran la profesora y las niñas más pequeñas, me espetó:

—Te he oído hablando en chino con un mendigo. Eso significa que eres *chinita*.

No pude tolerar ni uno más de sus insultos. La agarré de los rizos y no la solté. Se puso a gritar, mientras una docena de puños me aporreaban la espalda y otro más me ensangrentaba los labios y me hacía saltar un diente que ya estaba flojo. Escupí, y por un segundo nos quedamos mirando el reluciente colmillo. Entonces me llevé las manos al cuello para conseguir un mayor efecto dramático y chillé «¡Me han matado!», antes de desplomarme. Una de las niñas se desmayó, al tiempo que la cabecilla se escabullía con la cara demudada, acompañada de sus secueces. Recogí el diente —hasta ese momento una parte viva de mi persona—, y la profesora me aplicó un pañuelo anudado sobre la cara para contener la sangre, antes de enviarme a casa en *rickshaw* sin una palabra de consuelo. Ese mismo día mi madre decidió que estudiaría en casa.

Confusa, le conté lo que le había dicho al viejo mendigo: «¡Déjame pasar, *lao huazi!*» Hasta que mi madre me dijo que *lao huazi* era una palabra china que significaba «mendigo», yo no había notado que hablaba una mezcla de inglés, chino y shanghaiano. Por otra parte, ¿cómo iba a saber decir «mendigo» en inglés si nunca había visto a un abuelo americano acurrucado contra una pared, farfullando con la boca floja para darme pena? Antes de ir a la escuela, sólo hablaba mi peculiar lengua

en la Oculta Ruta de Jade, con nuestras cuatro cortesanas, sus doncellas y las sirvientas. Las sílabas de sus comadreo, coqueteos, quejas y lamentaciones me entraban por los oídos y me salían por la boca, y mi madre no me decía nunca que hubiera algo incorrecto en mi forma de hablar cuando conversaba con ella. Para mayor complicación, mi madre también hablaba chino, y su ayudante, Paloma Dorada, hablaba igualmente inglés.

La acusación de la niña me siguió preocupando. Le pregunté a mi madre si ella hablaba chino de pequeña, y me respondió que Paloma Dorada le había dado clases. Después le pregunté si yo hablaba chino tan bien como las cortesanas.

—En muchos aspectos, lo hablas mejor —me dijo ella—. Con más belleza.

Me alarmé. Le pregunté entonces a mi nuevo tutor si los chinos tenían la habilidad natural de hablar chino mejor de lo que jamás podría hacerlo ningún americano, y él me contestó que la forma de la boca, la lengua y los labios de cada raza se adaptaban de forma óptima a su propio idioma, lo mismo que los oídos, que conducían las palabras al cerebro. Le pregunté entonces cómo explicaba que yo hablara chino, y él lo atribuyó al estudio y a lo mucho que había ejercitado la boca, que me permitía mover la lengua de varias maneras diferentes.

Estuve preocupada dos días más, hasta que la lógica y la deducción me llevaron a reivindicar mi raza. En primer lugar —razoné—, mi madre era americana, y aunque mi padre estaba muerto, era evidente que también había sido americano, porque yo tenía la piel blanca, el pelo castaño y los ojos verdes. Además, llevaba ropa occidental y zapatos normales; no me habían aplastado ni estrujado los pies como la masa de unos buñuelos para que me cupieran en unos zapatos diminutos. También era instruida, ¡y en materias difíciles, como la historia o la ciencia!

—Y sin más propósito que el saber en sí mismo —había dicho mi tutor.

La mayoría de las niñas chinas sólo aprendían buenos modales.

Tampoco pensaba yo como una china: no hacía reverencias

delante de las estatuas, ni quemaba incienso, ni creía en los espíritus.

—Los espíritus son supersticiones, producto del miedo de los chinos —me había explicado mi madre—. Los chinos son un pueblo miedoso y por eso tienen muchas supersticiones.

Yo no era miedosa. Ni tampoco hacía las cosas de determinada manera solamente porque así se hubieran hecho durante los últimos mil años. Tenía el ingenio y la mentalidad independiente de los norteamericanos. Me lo había dicho mi madre. Por ejemplo, una vez se me ocurrió dar a los sirvientes tenedores modernos para que los usaran en lugar de los milenarios palitos. Pero mi madre les ordenó en seguida que devolvieran los cubiertos de plata. Me dijo que cada pieza valía más de lo que cualquiera de los sirvientes ganaba en un año, por lo que era posible que alguno sintiera la tentación de venderlos. Los chinos no tenían la misma idea de la honestidad que nosotros los americanos. Le di la razón. Si yo hubiera sido china, ¿habría dicho eso mismo de mí?

Cuando dejé de ir a la Academia para Niñas de la Señorita Jewell, prohibí a las cortesanas que me llamaran *Vyau-la*. Tampoco podían dirigirse a mí en términos cariñosos chinos, como «hermanita». Les pedí que me llamaran «Vivi». Sólo podían llamarme «Violeta» los que sabían pronunciar correctamente mi nombre, es decir, mi madre, Paloma Dorada y mi tutor.

En cuanto me cambié el nombre, me di cuenta de que podía cambiarlo tantas veces como quisiera, según mi humor o mis intenciones del momento, y al poco tiempo adopté mi primer apodo, como resultado de un accidente. Iba corriendo por el salón principal y choqué con un sirviente, cuya bandeja cargada de té y bocaditos fue a estrellarse contra el suelo. El sirviente exclamó que yo era un *biaozi*, un «pequeño torbellino», y la palabra me encantó. Yo era el Torbellino que soplabla a través de la afamada Oculta Ruta de Jade, con la cabeza nimbada de oscura y sedosa cabellera, y la gata persiguiendo la cinta que hasta ese momento me sujetaba el pelo. A partir de entonces, los sirvientes tuvieron que llamarme «torbellino» en inglés, *Whirlwind*, que ellos pronunciaban *Wu-wu*.

A mi gata, dorada como un zorrito, la quería con locura. Ella era mía y yo era suya, de una manera que no sentía con nadie más, ni siquiera con mi madre. Cuando la estrechaba contra mi pecho, ella me amasaba con las patitas el canesú del vestido y me destrozaba el delicado encaje convirtiéndolo en una red de pesca. Tenía los ojos verdes como yo y un brillo dorado en todo el pelaje a manchas negras y castañas que resplandecía a la luz de la luna. Mi madre me la había regalado cuando le dije que quería tener un amigo. Había pertenecido a un pirata —me confió— que la había llamado *Carlota* por el nombre de la hija del rey portugués que él mismo había raptado. Cualquiera podía tener un amigo, pero nadie más tenía una gata que hubiese pertenecido a un pirata. Los gatos eran fieles, a diferencia de los amigos. Mi madre me dijo que lo sabía por experiencia.

Casi todos en la casa tenían miedo de mi gata pirata, que arañaba a todo el que quisiera echarla de los sillones y aullaba como un fantasma cuando se quedaba encerrada en un armario. Si percibía miedo en quienes se le acercaban, erizaba el pelo y les demostraba que hacían bien en respetarla. Paloma Dorada congelaba el movimiento cada vez que veía aproximarse a *Carlota*. Un gato montés la había herido gravemente en la infancia y había estado a punto de morir de fiebre verde purulenta a raíz de las heridas. Mi gatita mordía con fuerza y rapidez a todo el que intentara cogerla, y si alguien pretendía acariciarla sin mi permiso, enseñaba las uñas. Una vez mató a un chico de diecisiete años llamado Lealtad Fang, que había venido a la Oculta Ruta de Jade con su padre. Yo estaba buscando a *Carlota* y la descubrí debajo de un sofá. El chico estaba en medio y empezó a parlotear en una lengua que me resultó incomprensible. Antes de que pudiera advertirle que no tocara a *Carlota*, él se agachó y la agarró por la cola, a lo que ella le hincó las uñas en un brazo y le arrancó cuatro cintas ensangrentadas de carne y piel. El muchacho se puso blanco como un papel, rechinó los dientes y se desmayó, mortalmente herido. Su padre se lo llevó a casa y Paloma Dorada comentó que seguramente moriría. Después, una de las cortesanas confirmó que había fallecido y dijo que

era una pena que el joven no hubiera llegado a disfrutar nunca de los placeres del *boudoir*. Aunque la culpa había sido del chico, tuve miedo de que me quitaran a *Carlota* para ahogarla.

Conmigo, *Carlota* era diferente. Cuando la llevaba en brazos, era blanda y tierna. Por la noche ronroneaba contra mi pecho, y por la mañana me gorjeaba para despertarme. Solía guardarme en el bolsillo del delantal trocitos de salchicha para ella y también una pluma verde de loro atada a un cordel, que usaba para sacarla de su escondite debajo de uno de los muchos sofás del salón. Sus patas asomaban entre los flecos del tapizado cuando intentaba atrapar la pluma. Juntas corríamos por el laberinto que formaban los muebles, y ella saltaba a las sillas y a las mesas, trepaba por las cortinas y se encaramaba al reborde de los paneles de madera de las paredes para llegar a donde yo quería que fuera. El salón era nuestro parque de juegos, mío y de *Carlota*, y nuestro parque estaba situado en una antigua casa encantada que mi madre había transformado en la Oculta Ruta de Jade.

En varias ocasiones la oí contar a periodistas occidentales que la había comprado prácticamente por nada.

—Si quieres ganar dinero en Shanghái —decía—, aprovéchate del miedo de la gente.

## LULÚ

Esta mansión, caballeros, fue construida hace cuatrocientos años como residencia de verano de Pan Ku Xiang, estudioso de gran fortuna y poeta de prestigio, cuyos méritos líricos se desconocen porque sus escritos ardieron y se esfumaron. Los terrenos y los cuatro edificios originales de la finca ocupaban una hectárea y media, el doble que en la actualidad. El grueso muro de piedra es el original, pero las alas oriental y occidental tuvieron que ser reconstruidas tras ser consumidas por un misterioso incendio, el mismo que devoró los escritos poéticos del sabio. Una leyenda transmitida a lo largo de cuatrocientos años cuenta que una de sus concubinas inició el fuego en el ala occi-



dental, y que su mujer murió gritando en el ala oriental, rodeada por las llamas. Si es cierto o no, ¿quién puede saberlo? Pero toda leyenda que merezca la pena debe incluir un asesinato o dos, ¿verdad?

Cuando murió el sabio, su primogénito encargó a los mejores canteros una estela apoyada en una tortuga y coronada por un dragón, símbolos honoríficos reservados a los altos funcionarios, aunque ningún documento del condado probara que el poeta lo hubiera sido alguna vez. Muchos años después, cuando su bisnieto llegó a ser el jefe de la familia, la estela se había caído y yacía casi oculta entre hierbas y arbustos espinosos. La intemperie había transformado en muescas ilegibles el nombre y las alabanzas al viejo sabio. No era ésa la reverencia eterna con que había soñado el poeta. Con el tiempo, sus descendientes malbarataron la finca y empezó la maldición. Al día siguiente de recibir el dinero de la venta, su tataranieta sintió un dolor quemante y repentino, y murió en el acto. Un ladrón mató a otro de sus descendientes. Los hijos de aquellos hombres fueron muriendo por distintas causas, ninguna de las cuales fue la vejez. Sobre los compradores recayeron también toda clase de desgracias: golpes de mala suerte, esterilidad, demencia y otras desdichas. La casa, cuando la encontré, era una monstruosidad abandonada en medio de una jungla de plantas trepadoras y arbustos invasivos, un refugio perfecto para los perros salvajes. Compré la propiedad por el precio de una canción china. Tanto los occidentales como los chinos me decían que era una locura comprarla, al precio que fuera. Jamás conseguiría que un carpintero, un cantero o un culi atravesara el umbral de la mansión encantada.

¿Qué habrían hecho ustedes, caballeros? ¿Darse por vencidos y ponerse a evaluar sus pérdidas? Yo contraté a un actor italiano, un jesuita de tez oscura caído en desgracia, cuyos rasgos parecían más asiáticos cuando se echaba el pelo hacia atrás a la altura de las sienes, como hacen los cantantes de la ópera china para resaltar dramáticamente sus ojos rasgados. El actor se puso los ropajes de un maestro de feng shui, y enviamos a varios niños a repartir octavillas para anunciar la celebración de

una feria delante de la casa encantada. Instalamos puestos de comida y llevamos acróbatas, contorsionistas, músicos, frutas exóticas y una máquina que fabricaba caramelos masticables. Cuando llegó el maestro de feng shui sentado en su palanquín, con su ayudante chino, varios cientos de personas lo estaban esperando: niños con sus ayas, sirvientes y conductores de *rickshaws*, cortesanas y madamas, sastres y otros muchos proveedores de chismorreos.

El maestro de feng shui pidió que le llevaran fuego en un caldero. Extrajo de entre sus ropajes un pergamino y lo arrojó a las llamas mientras salmodiaba un sinsentido en jergonza tibetana y rociaba el fuego con vino de arroz para avivarlo.

—Ahora entraré en la mansión maldita —anunció el actor a la multitud congregada— y convenceré al fantasma del poeta Pan para que se vaya. Si no regreso, os ruego que me recordéis como a un buen hombre que dio su vida por el bien de sus semejantes.

Las previsiones de peligro mortal siempre son útiles para que la gente se crea cualquier invención. El público lo vio entrar donde nadie se había atrevido a pisar. Al cabo de cinco minutos regresó, y la gente murmuró emocionada. El maestro de feng shui declaró que había encontrado al poeta fantasma metido en un tintero de su estudio y que había mantenido con él una agradable conversación sobre su poesía y su pasada gloria. El poeta se había quejado de que sus descendientes lo habían relegado a un prematuro anonimato. Su monumento se había convertido en una losa cubierta de musgo donde meaban los perros. El maestro de feng shui prometió erigirle una estela mejor incluso que la anterior. El poeta se lo agradeció y de inmediato abandonó la casa, hasta entonces maldita, para reunirse con su esposa asesinada.

De ese modo quedó superado el primer obstáculo. Después tuve que vencer el escepticismo que suscitaba un club social abierto a la vez a visitantes chinos y occidentales. ¿Quién habría querido venir? Como saben ustedes, la mayoría de los occidentales considera a los chinos inferiores tanto en el plano intelectual como en los aspectos morales y sociales. Parecía poco pro-

bable que estuvieran dispuestos a compartir con ellos el brandy y los cigarros.

Los chinos, por su parte, se sienten agraviados por la prepotencia con que los extranjeros tratan a Shanghái, como si el puerto y la ciudad fueran suyos, y por el modo en que la gobiernan con sus tratados y sus leyes. Los extranjeros no confían en los chinos y los ofenden hablándoles en *pidgin*, aunque su inglés sea tan refinado como el de un lord británico. ¿Por qué iban a hacer negocios los chinos con gente que no los respeta?

La respuesta es sencilla: por dinero. El comercio exterior es su interés común, el idioma que todos hablan, y yo los ayudo a hablarlo en un ambiente que disipa todas las reservas que puedan tener.

A nuestros huéspedes occidentales les ofrezco un club social con los placeres a los que están acostumbrados: billares, juegos de cartas, los mejores cigarros y un buen brandy. En ese rincón, ven ustedes un piano. Al final de cada noche, los rezagados se reúnen a su alrededor y entonan los himnos y las canciones de amor de sus respectivos países. Tenemos a varios que se creen el primo de Caruso. A nuestros huéspedes chinos les proporcionamos los placeres de una casa de cortesanas de primera categoría, donde los clientes respetan los protocolos del cortejo. Esto no es una casa de prostitución como las que conocen los clientes occidentales. También ofrecemos a nuestros huéspedes chinos los servicios occidentales que actualmente cabe esperar de una casa de cortesanas de prestigio: billares, naipes, el mejor whisky, cigarros además de opio y chicas guapas que tocan instrumentos, conocen las viejas canciones chinas y animan a los hombres a cantarlas con ellas. Nuestros salones son superiores a los de cualquier otra casa. La diferencia está en los detalles, y como soy americana, llevo esa convicción en la sangre.

Llegamos ahora al lugar del encuentro entre Oriente y Occidente: el gran salón, donde coinciden los hombres de negocios de ambos mundos. Imaginen la animación que hay aquí cada noche. En esta sala se han forjado muchas fortunas, y todas empezaron con una presentación mía y un primer apretón

de manos entre dos hombres. Caballeros, esto es una lección para cualquiera que desee hacer fortuna en Shanghái. Cuando la gente dice que una idea es imposible, se vuelve imposible. Pero en Shanghái no hay nada imposible. Hay que combinar lo antiguo con lo moderno, redecorar la casa, por así decirlo, y montar un buen espectáculo. Hacen falta ingenio y audacia. ¡Bienvenidos sean los oportunistas! Entre estas paredes se revela el camino a la riqueza a todo aquel que disponga de un mínimo de diez mil dólares para invertir o de una influencia igual de valiosa. Tenemos nuestras normas.

Cuando alguien llegaba a los portones de la mansión, le bastaba un vistazo para saber que estaba entrando en una buena casa con una historia digna de respeto. El pasaje abovedado de la entrada aún conservaba la losa labrada correspondiente a un estudioso de la época Ming, con restos de líquenes en las esquinas como prueba de autenticidad. El lacado rojo de los gruesos portones se renovaba periódicamente y los apliques de latón siempre estaban lustrosos y resplandecientes. En cada columna había un panel con los dos nombres de la casa: Oculta Ruta de Jade, en inglés, a la derecha, y Casa de Lulú Mimi, en chino, a la izquierda.

Atravesar los portones y entrar en el patio delantero era como retroceder a los tiempos en que el poeta fantasma era el amo y señor de la casa. El jardín era sencillo y de proporciones clásicas, desde los estanques con peces hasta los pinos nudosos y retorcidos. La casa era más bien austera, con fachada de sobria escayola gris sobre piedra y ventanas de celosías cuyo entramado formaba un simple patrón de hielo resquebrajado. Los aleros de la cubierta de tejas grises se curvaban hacia arriba, pero no en exceso, sino apenas lo suficiente para recordar las alas de los murciélagos, portadores de buena suerte. Delante de la casa se erguía la estela del poeta, restaurada y devuelta a su posición original, con una tortuga en la base y un dragón en lo alto, y una inscripción que proclamaba que pasarían diez mil años y el sabio aún seguiría siendo recordado.